

# ORÍGENES DEL NACIONALISMO EN EUSKAL HERRIA · 1893-1923

*Xosé Estévez*



erein

ORÍGENES DEL  
NACIONALISMO  
EN EUSKAL HERRIA  
1893-1923

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1ª edición: Febrero de 2026

Diseño de cubierta:

I. Landa | Erein argitaletxea

Maquetación:

A. Beltza | Erein argitaletxea

Ilustración de cubierta:

I. Landa

© Xosé Estévez

© EREIN. Donostia 2026

ISBN: 978-84-1093-099-5

D.L.: D 118-2026

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

[erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Ulzama

Calle Altutzate, 51

31620 Huarte, Nafarroa

T 948 332 808

[contacto@ulzama.com](mailto:contacto@ulzama.com)

[www.ulzama.com](http://www.ulzama.com)



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ORÍGENES DEL  
NACIONALISMO  
EN EUSKAL HERRIA  
1893-1923

---

Xosé Estévez

Prólogo de Joseba Asiron Saez



*Oculto entre montañas, habita las dos laderas de los Pirineos occidentales un pueblo, que ha conservado por una serie de largos siglos su primitiva lengua y, en gran parte también, su antiguo régimen y costumbres... Aún en tiempos más modernos, desgarrado en dos pedazos muy desiguales y subordinado a naciones muy poderosas no han renunciado los vascos, empero, de ningún modo a su manera de ser. Los vascos han conservado siempre la peculiaridad de su carácter nacional, y ante todo el antiguo espíritu de libertad e independencia, que ya ensalzaban los escritores griegos y romanos.*

1801, Wilhelm Von Humboldt

*Louvanza a Euskal Herria*

Xosé Estévez

*Turxentes vales, verdor de luxuria,  
rítmico fragor de mestos tochos,  
prados de ovellas, ladeiras de mochos,  
sen queixas lastimeiras de penuria.*

*Dura loita pola propia identidade,  
longa noite, carballo, dura pedra,  
na memoria gaveadora hedra  
admiración suscitou a túa personalidade.*

*Os galego-euskadianos en proclamas,  
bandeiras de irmandade, chamas ó vento,  
a pesares de apelidos e soflamas.*

*Separarnos do amor é van intento,  
o agradecemento non é o xogo das damas,  
senón un nobre e humano sentimento.*

*Euskal Herriari gorespena*

*Itzulpena: Koldo Izagirre*

*Berdezko xarma ibar harroetan  
burdinak ingudean jauzi,  
ardi-larre, pago inausi,  
aienerik ez haize-erroetan.*

*Inor izateko asmo ondratuan,  
gau luze, haritz, harri lakar  
zure izateak ohorea Dakar  
oroimenaren ontza goratuan.*

*Euskalegoak du egiten aldarri,  
lau haizetan, anairasun-bandera:  
jatorriak ez dira mugarri.*

*Eta maitasun hau ukaraztera  
inor ez dadila gure artean jarri,  
esker onez gatoz gizalegera.*

## Prólogo

En el curso 1981-1982, quien escribe estas líneas, recién terminado el Bachillerato, inició sus estudios universitarios de Geografía e Historia en la Universidad de Deusto. De aquellos años recuerdo la ilusión por realizar una carrera que es eminentemente vocacional, las ganas infinitas de aprender, de salir del «cascarón» académico y asomarnos a una rama del saber que, por primera vez en nuestra vida, habíamos elegido realmente nosotros.

Con asignaturas que tenían nombres tan sugerentes como Metodología de la Historia, Prehistoria, Historia Antigua o Historia del Arte Antigo, nuestras expectativas estaban en todo lo alto y debo confesar que, en general, los profesores estuvieron a la altura de lo que esperábamos. Y entre ellos descollaba Xosé Estévez, nuestro profesor de Historia Antigua.

En el año 1981 Xosé era un profesor aún treintañero, que conservaba inmaculado su fuerte acento gallego, y que disfrutaba de su profesión de forma evidente. Era de esos profesores con mando en plaza, de los que sabía parar, templar y mandar mientras impartía clase. No necesitaba gastar ni un ápice de energía en mantener el orden, el silencio y la atención de sus alumnos simplemente porque, entre las cuatro paredes del aula, lo más interesante lo decía él. Y si había que hacer un comentario jocoso o un chiste irónico sobre la materia impartida, lo haría también él.

Xosé nos abrió los ojos ante una manera nueva de entender la Historia. Nos habló de escuelas historiográficas, del método científico, de la importancia de las fuentes, de manejar una buena bibliografía, y nos habló de lo que es verdaderamente relevante en el devenir histórico. Y es que, ante nuestras asombradas mentes de historiadores en ciernes, nos explicó Mesopotamia, Egipto, Grecia y Roma sin mencionar el nombre de un solo *patesi*, faraón, rey o emperador. Sin personajes de relumbrón ni listas interminables de batallas. Él nos explicó que lo realmente importante de estos períodos era saber cuáles eran las formas de vida, los medios de producción, cómo y de qué vivían las personas.

Mi marcha a Zaragoza para realizar los dos últimos años de carrera en la especialidad de Historia del Arte me alejó para siempre de las clases de Xosé Estévez, pero sus lecciones sobre el verdadero significado del proceso histórico constituyen una lección que, cuatro décadas después, no he olvidado en absoluto.

En el año 2011, en el segundo de los tres congresos de historiadores organizados por *Nabarralde* con motivo del V Centenario del inicio de la Conquista de Navarra, volví a encontrarme con mi antiguo profesor. En este caso yo ejercía la dirección académica del congreso, y Xosé Estévez había sido invitado para impartir una ponencia sobre La política peninsular de los Reyes Católicos. Para esta fecha Xosé era ya un profesor universitario jubilado pero, más allá de los cambios inevitables, derivados del paso del tiempo, pude comprobar que en lo esencial no había cambiado en absoluto, y que no había perdido ni su energía y ni su profesionalidad. Tampoco su acento gallego, debo añadir.

A partir de aquella segunda oportunidad Xosé y yo no hemos interrumpido ya nuestro contacto personal, y tengo que decir que aquel profesor que admiré en el inicio de mi trayectoria como historiador me ha honrado con su amistad. Por todo

ello, cuando hace algunas semanas me ofreció la posibilidad de escribir unas palabras introductorias para una de sus obras, supe que iba a ser una magnífica oportunidad para agradecerle sus enseñanzas, y cerrar así, en este 2024, un círculo que se abrió en 1981, hace ya 43 años. *Eskerrik asko, maixu.*

En otro orden de cosas, en la presente obra, con la solvencia y la capacidad de análisis que le caracteriza, Xosé Estévez, que se confiesa persona con dos patrias (su Galiza natal y su Euskal Herria adoptiva) realiza un análisis profundo y certero de los orígenes del nacionalismo vasco. Partiendo de lo que él denomina «el substrato previo», lleva a cabo un recorrido donde se concatenan de forma natural precursores como Larramendi y Xaho, el fuerismo surgido de las heridas del carlismo y el tránsito hacia la eclosión aranista, jalonado por hitos como la *Gamazada* y la *Sanrocada* de 1893, y su relación con el posterior nacimiento del Partido Nacionalista Vasco en 1895.

Como el propio autor sentencia, se trata de un fenómeno, el del nacionalismo vasco, que no surge de la nada, sino que obedece a un lento proceso de maduración, que hunde sus raíces en los traumas de nuestra historia. Y en este sentido, el marco temporal elegido por el autor, desde la fecha de la *Gamazada* hasta el año 1923, resulta fundamental para la comprensión no solo de su nacimiento y su consolidación, sino también para entender su evolución posterior durante el resto del siglo XX y el presente siglo XXI. Una vez más, la mil veces expresada necesidad de entender lo que somos, a través del conocimiento del proceso que nos ha llevado a serlo.

JOSEBA ASIRON SAEZ

## Arkupe personal

Cuando este gallego, con conciencia de su identidad nacional primigenia, sentó sus hemorroidales posaderas en la sonriente geografía vasca en el otoño de 1973, procuró por todos los medios posibles en aquella época de la *longa noite de pedra* estudiar los orígenes y razones de la intensa y alta conciencia nacional entre los habitantes de Euskal Herria, no sin disimular ciertas dosis de sana envidia. Pasado ya medio siglo, he logrado atisbarlas y fruto de ello es este trabajo. Supone un homenaje –y no lo niego– a esta hermosa nación, que acogió hospitalariamente a emigrantes de otros pueblos, proporcionándoles pan, trabajo, hogar y familia.

Durante el bienio 2023-24 y, sobre todo, en 2025 se ha conmemorado y conmemorará la efeméride del nacimiento del nacionalismo vasco en su 130 aniversario. El período invernal suele venir acompañado de un retraimiento en las actividades externas y un mayor acogimiento al entrañable calor del hogar, aunque esta atípica invernía no se haya distinguido precisamente por la natural frialdad. Ello conlleva sumergirse con mayor profusión en actividades más tranquilas, sedentarias y no por ello menos placenteras, entre ellas la lectura y la revisión de viejos documentos, libros y papeles.

Entre estos últimos encontré los apuntes de mis clases de historia, impartidas en la universidad y en el colegio. Uno de los temas se titulaba *Orígenes del nacionalismo vasco*, materia

que impartí en aulas, cuando todavía el «caimán» masticaba víctimas en sus fauces. Lo había elaborado en base a mis investigaciones personales, los escasos estudios existentes y con posterioridad gracias a las aportaciones de los más prestigiosos historiadores del tema en aquel momento: Corcuera, Larronde, Fusi, Elorza, etc. y a los que sucesivamente se habían agregado otros más jóvenes: Santiago de Pablo, José Luis de la Granja, Lugder Mees, Igor Ahedo, García Sanz Marcotegui, Lorenzo Espinosa, etc., entre ellos algunos exalumnos (Rodríguez Ranz o Coro Rubio).

Reconozco que al nacimiento de este estudio también ha contribuido la infusión en mi ADN de un doble amor, a mi patria originaria, Galiza, y a la adoptiva, Euskal Herria. La riqueza del mundo se halla en la variedad de pueblos como el mosaico en la multiplicidad de teselas y desde la ventana de una pequeña nación se puede observar la belleza del universo. Es verdad que no se puede servir a dos señores, pero es mentira que no se pueda amar a dos patrias. Xabier Amuritzza lo ejemplifica con una hermosa metáfora herbórea:

*Galizan sustraiak,  
adarrak Euskadin,  
zuhaitz bikainagori  
ez ziteken egin.*

Raíces en Galiza, ramas en Euskadi, era imposible engendrar un árbol más majestuoso.

Este invierno, no tan largo por lo excesivamente caluroso, me ha proporcionado la oportunidad de revisar el tema, reflexionar sobre él, releer lo escrito, dotarlo de coherencia metodológica, incorporar hipótesis e incluir algunas aportaciones innovadoras, especialmente referentes a la relación fuerismo-nacionalismo

y a la *Gamazada*. El nacionalismo no surgió de la nada, ni descendió como el maná en el desierto, sino que fue el fruto de un substrato previo de conciencia diferenciada. De este sedimento aventaría el «fuerismo», que suministró el bagaje ideológico y los argumentos identitarios, incorporados, transformados y/o matizados por el nacionalismo en su código. También la *Gamazada* (1893-94). Esta fue el auténtico ariete impulsor que precipitó el surgimiento del nacionalismo en Euskal Herria, por lo que el viejo reino se situaría en la vanguardia del movimiento, aunque en la trayectoria posterior permanecería en los márgenes durante algún tiempo. El fuerismo y su decisiva influencia en el acervo identitario de nacionalismo, así como la *Gamazada*, como eficaz acelerador, quizás sean las aportaciones más novedosas de este trabajo. Espero que el lector así lo reconozca. En caso contrario que los druidas me lo demanden.

XOSÉ ESTÉVEZ

16 de marzo de 2024.

42 aniversario del cumpleaños de mi hija Alda Naiara Estévez Goñi (1982-2006). Allá donde esté, siempre será la inolvidable princesa de mi corazón.

## Nación y nacionalismo

Hemos creído conveniente exponer previamente algunas consideraciones en torno a los conceptos de nación y nacionalismo.

La palabra «nación» proviene del sustantivo latino *natio*, derivado a su vez del verbo *nascor*, nacer. Significaría por tanto, lugar o pueblo de nacimiento. En este sentido un escritor clásico del siglo I a. C., Varrón, escribió: *Europae loca multae incolunt nationes* (Son muchas las naciones que habitan los diversos lugares de Europa).

En la Edad Media el término se continuó empleando en el mismo sentido, aunque las «naciones» estuvieran integradas en diversas entidades políticas, reinos e imperios. También se utilizaba para designar a grupos de personas según su procedencia, a menudo geográfica, siguiendo un criterio muy variable.

En el año 968 el obispo Luitprando de Cremona, enfrentado al emperador bizantino, le increpaba en su crónica: «lo que dices que pertenece a tu Imperio, pertenece, como lo demuestran la nacionalidad y el idioma de la gente, al Reino de Italia».

Es algo muy conocido que en las universidades medievales, cuya lengua académica era el latín y lo sería prácticamente hasta el siglo XIX, los estudiantes solían agruparse en «naciones», en función de su lengua materna vernácula o su lugar de nacimiento: nación catalana, gallega, vizcaína (tomando la parte por el todo), etc. En los grandes mercados medievales los

comerciantes también se reunían en «naciones», a semejanza de las universidades.

En la edad moderna, principalmente los siglos XVI y XVII, para muchos historiadores (Donézar, Xavier Torres, Simón Tarrés etc.) el término nación hacía referencia a los naturales de un territorio que residían fuera, es decir, un agregado de individuos de una misma procedencia o área lingüística, sin que por ello existiese conciencia precisa de unidad nacional o de unidad política.

Con frecuencia, el término se confunde con el de patria (de *pater*: padre o lugar del padre) y en ocasiones de forma imprecisa y más amplia asimilándola a reino, provincia y a veces, ciudad, como sucede en el Quijote, aunque en este libro Cervantes mencione con rasgos especiales a los de «nación *bizcayna*». Los historiadores Xavier Gil y Juan Francisco Fuentes señalan que hasta el siglo XVIII el concepto de nación tenía perfiles muy difusos. En general, los elementos identificativos de la pertenencia a una «nación» suponían el origen común de sus miembros, que los dotaba de un cierto sentido de pertenencia y familiaridad, y algunos rasgos culturales distintivos, principalmente la lengua. Es interesante este texto de 1604 del clérigo y viajero francés Barthélemy Joly, que se refiere así a «los españoles»:

«Entre ellos los españoles se devoran, prefiriendo cada uno su provincia a la de su compatriota y haciendo, por deseo extremado de singularidad, muchas más diferencias de naciones que nosotros en Francia, picándose por ese asunto los unos de los otros y reprochándose el aragonés, el valenciano, catalán, vizcaíno, gallego, portugués, los vicios y desgracias de sus provincias, en su conversación ordinaria. Y si aparece un castellano entre ellos, vedlos ya de acuerdo para lanzarse todos juntos sobre él, como dogos cuando ven al lobo».

Por otro lado, el lugar de nacimiento no era exclusivamente una mera realidad física, sino que en la sociedad corporativa

del Antiguo Régimen comportaba las leyes, costumbres y franquicias que lo regían. Por tanto, ser vasco o castellano significaba ser partícipe de una condición jurídica determinada. Esa condición, llamada «naturalización» se alcanzaba por el *status* legal del padre y, a veces, de la madre, *jus sanguinis* (derecho de sangre) o por el lugar de nacimiento, *jus soli* (derecho de suelo). La monarquía hispánica de los siglos XVI y XVII, la de los Austrias, como señaló en su día el gran historiador Antonio Domínguez Ortiz, era una monarquía compuesta, federada, en la que no existía una «naturaleza» española ni una única nación legal española, sino que la naturaleza de cada súbdito del rey era la del reino al que pertenecía. Así define Gil Pujol esa monarquía: «Un rey, una fe y muchas naciones».

El Diccionario de Autoridades en 1726 definía la «nación» como «colección de habitantes de alguna Provincia, País o Reino», y la voz «patria» como el «lugar, ciudad o país en que se ha nacido», con lo que patria remitía a un lugar y nación al conjunto de los que lo habitaban.

Pero a lo largo del Siglo XVIII el concepto de nación y el de patria experimentaron cambios de escala y contenido debido a la difusión de los principios de La Ilustración, pasando a tener un carácter político, sin que por ello desapareciesen los significados anteriores.

Rousseau fue quien llevó a cabo una mayor influencia al desplegar el concepto de soberanía nacional. Esta residía en todos los ciudadanos que antepoñían sus intereses individuales al bien común. De esa soberanía surgía el «estado», regido por la voluntad general. Un elemento clave para la sustentación de este era el patriotismo, que debería estimularse mediante la educación.

En el Estado español algunos ilustrados expondrían conceptos análogos, aunque asimilados al estado. Pedro Rodríguez Campomanes en 1780 escribía: «La política considera al hombre en calidad de ciudadano unido en sociedad con todos aquellos

que componen el propio estado, patria o nación». Juan Bautista Pablo Forner en fechas similares definía el sentido político de nación «una sociedad civil independiente de imperio o dominación extranjera».

Fue la Revolución francesa de 1789 quien adjudicó al concepto de nación otro sentido más moderno al oponer la soberanía de los ciudadanos frente al poder absoluto del rey. De esta manera la «nación» sería definida como el conjunto de los antiguos súbditos de un monarca absoluto al que han despojado de su poder y que se han convertido por ello en ciudadanos. Estos detentaban la soberanía sobre un territorio y, por lo tanto, a ellos correspondía determinar las leyes que habían de regir a los hombres que lo habitaban. Así lo establecía el artículo 3 de La Declaración del Derechos del Hombre y del Ciudadano, aprobada por la Asamblea Nacional Constituyente: «El origen de toda soberanía reside esencialmente en la nación. Ningún órgano ni ningún individuo pueden ejercer autoridad que no emane expresamente de ella». Así pues, los revolucionarios franceses, consideraban «la nación como el resultado de un contrato voluntario y del libre consentimiento de los individuos».

Si antes el rey era el estado, ahora lo es la nación, equiparada a estado. Surgía así el «Estado-Nación» que llaman Francia, nación «política» que reunía a los ciudadanos de las «provincias» de la monarquía, y tras la caída de esta, de toda la república. Con ello se deslizaría un camino peligroso que identificaba la nación con el estado, sin tener en cuenta las diferentes naciones que podían integrar un estado, naciones subestatales, que no tenían que identificarse obligatoriamente con él. Los estados son superestructuras creadas a partir de la nación, fueran estas reales o imaginadas, y no al revés. Estas comenzarían a reivindicar su *status* y exigir su reconocimiento nacional y dar el salto al logro de estados a partir del siglo XIX, con el brote de los movimientos nacionalistas.

A partir del derrumbamiento del imperio napoleónico en la Conferencia de Viena (1814) se reunieron las más importantes monarquías absolutas europeas con el fin de frenar la difusión de las ideas liberales ilustradas. En virtud de ello en 1820 se iniciarían una serie de eclosiones revolucionarias (liberales, democráticas, nacionales) que hasta la finalización de la I Guerra Mundial en 1918 trastocarían totalmente el mapa geopolítico e ideológico europeo. Se aquilatarían los conceptos de nación, se desintegrarían los grandes imperios europeos, especialmente en norte, centro y este, y surgirían nuevos Estados-nación y nacionalidades, naciones o minorías nacionales, que reclamaban sus derechos y el ejercicio de su soberanía. Unos emergieron por agregación (Italia, en 1861, y Alemania, en 1871) y otros por disgregación. En este último proceso darían el silbato de salida Bélgica, Suiza y Grecia. En el siglo XX la desmembración de los imperios sueco, austrohúngaro y otomano trocaron radicalmente el mapa de más de la mitad de Europa, floreciendo estados como los bálticos, los balcánicos, Polonia, Bulgaria, Rumanía, etc. En occidente se sumó a ellos Irlanda, tras la sublevación de Pascua, en 1916. Después de la desaparición de la URSS y de la antigua Yugoslavia nuevas naciones se sumarían al mapa geopolítico, proceso que todavía no ha terminado, ya que naciones subestatales como Córcega, Catalaunya o Países Catalans, Euskal Herria, Galiza, Gales, Escocia o Irlanda reunificada se reivindicaban como nuevos estados.

Previo a este fenómeno y durante su transcurso nacerían nuevas definiciones de la nación política, que podrían resumirse en tres:

1. Esencialista, organicista o primordialista.
2. Voluntarista, (estas dos primeras se desarrollan en el siglo XIX).
3. La modernista o constructivista (desarrollada a mediados del XX).

**La primordialista o esencialista.** Herder y Fichte fueron los principales teóricos que defendían la existencia de naciones independientes y diferenciadas, a cada una de las cuales le correspondían unos rasgos constitutivos inmutables (culturales, raciales, psicológicos...). Por tanto, las naciones eran entes ahistóricos, anteriores y superiores a las personas, que formaban la nación en un momento determinado. Cada nación poseía un espíritu o *Volksgeist*, inmutable a lo largo de la historia. Basaban, por consiguiente, la nación en unos elementos objetivos (raza, lengua, geografía, historia etc.)

**La voluntarista.** Su teórico más importante fue el francés Ernest Renan. Definía la nación como la existencia de un grupo humano caracterizado por su voluntad de constituir una comunidad política, lo que implicaba tener recuerdos comunes, proyectos de futuro compartidos y sentimiento de pertenencia a un grupo, sin que este obligatoriamente debiera poseer rasgos objetivos comunes.

**La perspectiva modernista o constructivista** surgió a mediados del siglo XX como consecuencia de la crítica por parte de diversos autores a los postulados primordialistas. Los postulados constructivistas, en general, consideran que las naciones no son fenómenos naturales existentes desde siempre en la historia de la humanidad e inherentes al ser humano, sino construcciones sociales. Las identidades nacionales, las cuales tienen como rasgo característico la soberanía de la población sobre un territorio, serían asimismo un producto de la modernidad. Tampoco son las naciones algo permanente en el tiempo, porque son construcciones sociales. Cada nación sería construida en un momento dado, no fechable ni repentino, tendría vigencia durante un periodo y acabaría por desaparecer. Las naciones serían producto del nacionalismo y de la modernidad y no el nacionalismo producto de las naciones. Tampoco serían entidades objetivas, sino elementos subjetivos

construidos por un grupo humano y cuya existencia se situaría únicamente en la mente de sus seguidores. La manera de construir las naciones sería mediante la elaboración de una serie de relatos, en los cuales se realiza una reinterpretación de la historia o de la cultura en clave nacional. Se crearían, asimismo, de forma intencionada, símbolos, tradiciones y elementos culturales, o se les daría un significado nacional a otros ya existentes, lo que Hobsbawm denominaba la «invención de la tradición». Todos estos elementos serían transmitidos e integrados por la comunidad, o en otras palabras, se crearía la nación. No obstante, estas no pueden ser construidas de la nada, sino que solamente pueden hacerlo sobre unas características de base que sean plausibles, como una historia o unos elementos culturales que posibiliten ser reinterpretados en clave nacional. Sería el nacionalismo el que le daría a los diversos elementos como la historia o la lengua, un valor político y generador de identidad colectiva que no tienen en sí mismos. Algunos de sus principales teóricos fueron Elie Kedourie, E. Geller, B. Anderson, E. Hobsbawm, George I. Mosse y Michael Billig.

Para completar adecuadamente el tema, no viene mal añadir unas breves nociones sobre nacionalismo.

El nacionalismo es una ideología y movimiento sociopolítico que surgió junto con el concepto de nación, aunque algunos se obsesionen con dilucidar si primero fue la nación y después el nacionalismo o al revés, emulando la vieja discusión bizantina del huevo y la gallina.

Según Ernest Gellner «el nacionalismo es un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política». Para Liah Gorenfeld el término «nacionalismo» *sensu lato* es el «conjunto de ideas y de sentimientos que conforman el marco conceptual de identidad nacional» y para Ricardo Rojas el nacionalismo es «la conciencia del yo colectivo de una nación». Algunos otros lo definen como una

«ideología que consiste en la afirmación de una identidad cultural, ligada generalmente a un territorio, una lengua y una tradición histórica real o inventada». Esta última definición me parece más comprensiva y abarcadora.

También en este campo se dirimen dos paradigmas contrapuestos:

—El **modernista** o **constructivista**, que define la nación como una comunidad humana que detenta la soberanía sobre un determinado territorio, por lo que antes de la aparición de los nacionalismos no habrían existido las naciones y la nación sería una «invención» de los nacionalismos.

—El **perennialista** o **primordialista** que define la nación sin tener en cuenta la cuestión de la soberanía y que defiende, por tanto, que las naciones existieron antes que los nacionalismos, hundiendo sus raíces en tiempos remotos. Por tanto sería la nación la que crea el nacionalismo y no a la inversa.

Como ideología, el nacionalismo pone a una determinada nación como único referente identitario dentro de una comunidad política. Parte de dos principios básicos con respecto a la relación entre la nación y el estado:

—El principio de la **soberanía**, según el cual la nación es la única base legítima para el estado.

—El principio de **nacionalidad**: cada nación debe formar su propio estado, y las fronteras de él deberían coincidir con las de la nación.

Por otra parte, el nacionalismo ha dado lugar a dos grandes corrientes ideológicas:

—El **nacionalismo liberador** (Rosa de Diego) o **antiimperialista** (Rafael Cuevas Molina) que busca fortalecer la autodeterminación nacional ante las potencias coloniales.

—El **nacionalismo colonialista** (A. Memni), y **excluyente** y **dominador** (Rosa de Diego), que busca impulsar la supremacía de una nación sobre otras.

Adscribámonos o no a cualquiera de estas conceptualizaciones u optemos por una perspectiva ecléctica, lo cierto es que las naciones y los nacionalismos han surgido en territorios donde previamente existía algún tipo de elementos identificadores, reales o inventados, a partir de realidades más o menos perceptibles, que los diferenciaban de otros territorios anejos o colindantes, estuvieran o no bajo la bota de algún Estado-nación o imperio.

Para rematar este capítulo considero oportunas y atinadas algunas consideraciones, que exhibe Montserrat Guibernau en su libro *Los Nacionalismos* (pp. 52-60), y que a continuación resumo:

1. El nacionalismo es un sentimiento que tiene que ver con la adhesión a un país de origen, una lengua, ideales, valores y tradiciones comunes, y también con la identificación de un grupo con una serie de símbolos (una bandera, una canción particular, una pieza musical o un dibujo) que lo definen como «diferente» de los demás. El apego a estos elementos crea una identidad y la apelación a esa identidad que ha mostrado en el pasado, y continúa mostrando en la actualidad, un vigor inusitado a la hora de movilizar poblaciones enteras.

2. Es de vital importancia insistir en la distinción entre Estado-nación y nacionalismo. El nacionalismo es básicamente un fenómeno «psicológico» que presume un sentimiento de identidad entre los miembros de un grupo; mientras que el Estado-nación es un fenómeno «institucional».

3. Ningún autor ha examinado suficientemente «cómo un sentimiento nacional de adhesión a un país de origen y una cultura concreta puede ser transformado en la exigencia política de la creación de un estado».

4. Una de las propiedades distintivas del nacionalismo es su capacidad para unir a personas pertenecientes a diferentes niveles sociales y culturales, por más que los sentimientos

nacionalistas hayan sido alentados e invocados por la élite. Esto prueba que no se trata meramente de una invención de las clases dirigentes a fin de mantener la lealtad incondicional de las masas, haciéndoles creer que lo que presumiblemente tienen en común es más importante que lo que de hecho los separa.

5. Tanto las teorías organicistas o primordialistas como las modernas constructivistas, presentan insuficiencias. Los autores de las primeras, «que se basan en la naturalidad de las naciones, simplifican el concepto al incluir todo tipo de grupo humano, desde los períodos más remotos, en esta categoría. Las segundas, que defienden la modernidad de la nación y el nacionalismo, ignoran las raíces históricas de las comunidades étnicas que se transformaron en naciones y más tarde se convirtieron, aunque solo algunas, en Estados-nación. A fin de comprender el nacionalismo y la nación, debemos contrastarlos con formas preexistentes de identidad y lealtad colectivas. Solo después de un largo proceso histórico podemos encontrar grupos humanos que satisfagan los requisitos que hemos atribuido a la nación, esto es, conciencia de formar una comunidad, una cultura común, adhesión a un territorio claramente delimitado, un pasado común y una voluntad de decidir su destino político».

6. Es necesario establecer una distinción conceptual básica entre nación, estado, Estado-nación y nacionalismo. Por estado, tomando la definición de Weber, se entiende «una comunidad humana que reivindica (con éxito) el monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio dado». La nación podría definirse como un grupo humano consciente de formar una comunidad que comparte una cultura común, está ligado a un territorio claramente definido, tiene un pasado común y un proyecto colectivo para el futuro y reivindica el derecho de autodeterminación. La nación incluye cinco dimensiones: psicológica (conciencia de formar un grupo), cultural,

territorial, política e histórica. El nacionalismo sería el sentimiento de pertenencia a una comunidad cuyos miembros se identifican con un conjunto de símbolos, creencias y formas de vida concretas, y manifiestan la voluntad de decidir sobre su destino política común. El Estado-nación es un fenómeno moderno caracterizado por la formación de un tipo de estado que posee el monopolio de lo que define como el uso legítimo de la fuerza dentro de un territorio delimitado y que busca conseguir la unidad de la población sujeta a su gobierno mediante su homogeneización. Las principales diferencias entre una nación y un Estado-nación, cuando la nación y el estado no coinciden, y casi nunca lo hacen, son las siguientes:

- a) Mientras que los miembros de una nación son conscientes de formar una comunidad, el Estado-nación se esfuerza en crear una nación y desarrollar un sentido de comunidad a partir de ella.
- b) La nación disfruta de una cultura, unos valores y unos símbolos comunes. En cambio, el Estado-nación se marca como objetivo la creación de los mismos.
- c) Los miembros de una nación pueden fijar su vista en el pasado y reconocer una historia compartida. Si los integrantes de un Estado-nación realizan un ejercicio similar pueden encontrar un cuadro vacío –porque dicho Estado-nación simplemente no existía en el pasado–, o una imagen fragmentada y diversa como producto de los distintos grupos étnicos, naciones, o partes de estas que se desarrollaron en su actual territorio.
- d) Los individuos que forman una nación tienen un sentido de patria y se sienten ligados a un territorio; el Estado-nación puede derivar de un tratado, de un afán expansionista o de la voluntad de los políticos que en un momento determinado decidieron trazar sus fronteras. Solo hay que echar una ojeada a los diferentes mapas

de Europa tras el Congreso de Viena de 1815, del Tratado de Versalles de 1919, como consecuencia de la I Guerra Mundial, de las modificaciones tras 1945 y de la reconfiguración después del desmoronamiento de la Unión Soviética.

# Índice

Prólogo	11
Arkupe personal	15
1. Nación y nacionalismo	19
2. Los precursores: Larramendi y Chaho	31
3. Propuestas de estado vasco: La separación de Gipuzkoa y Dominique Joseph Garat	39
4. La República Federal Independiente de los Pirineos	51
5. Fuerismo y Nacionalismo	57
6. Sensibilidad proto-nacionalista en la diáspora	67
7. El nacionalismo Aranista: Contexto estructural	79
8. Los precipitantes: la <i>Gamazada</i>	93
9. La fundación del PNV	117
10. La doctrina Sabiniana	121
11. Evolución del nacionalismo (1903-1923)	133
12. Nacionalistas disidentes	157
13. Conclusiones	171
14. Textos seleccionados	175
Bibliografía	193